**Domingo XVII del TO  
Ciclo C**

****

24 de julio de 2022  
Gn 18, 20-32  
Sal 137  
Col 2, 12-14  
Lc, 11.1-13  
*P. Eduardo Suanzes, msps*

El padrenuestro es una oración que se remonta a los estratos más primitivos de la tradición cristiana. Los primeros cristianos hicieron de esta oración algo así como su estandarte o su signo de identidad frente a otros grupos religiosos, y así lo recoge, de algún modo, nuestro evangelio de hoy de Lucas, que sitúa esta oración como respuesta a los discípulos que piden a Jesús que les enseñe a orar «*como enseñó Juan a sus discípulos*». Parece que era habitual que los grupos religiosos tuviesen alguna oración específica surgida de sus maestros.

La oración del padrenuestro es muy breve y, en apariencia, sencilla, pero ha suscitado multitud de interpretaciones y traducciones. Se advierte en ella un contenido teológico muy condensado que quizás fue fácil de entender en la época de Jesús, pero que no lo fue tanto en otras culturas diferentes, como la antigua helenista y, no digamos, la actual. El padrenuestro original fue pronunciado en arameo, y así se rezó en las comunidades cristianas de Palestina durante el siglo I, pero los textos que nos han llegado son todos en griego, lo que implica ya una traducción de las palabras originales arameas a esta otra lengua conceptualmente diferente.

Los evangelios recogen dos versiones del padrenuestro, situadas en dos contextos diferentes. Esta versión de Lucas del Evangelio de hoy es la más breve; contiene cinco peticiones y está situada en un contexto aislado sobre la oración. La versión de Mateo añade dos peticiones más y está situada dentro del llamado «sermón de la montaña»

Pero, si lo pensamos bien, llama poderosamente la atención que esta oración sólo sea citada en los evangelios de Mateo y Lucas y en el único momento en que es formulada; es decir, que ni antes ni después aparece Jesús con los discípulos rezando esta oración, pese a que, en múltiples ocasiones, se muestra a Jesús orando, e incluso se habla de que todos rezan.

La oración no aparece ni en Marcos ni en Juan, que viven en comunidades ya asentadas y con larga historia, sobre todo la de Juan, cuyo texto se escribe a finales del siglo I, en torno al año 100. Si el padrenuestro fue la única oración formulada y enseñada así por el Maestro, choca que en estos otros dos evangelios no aparezca ninguna mención a ella, ni el momento en que fue prescrita ni en ningún otro contexto.

El análisis textual da para ambas versiones una antigüedad similar, ya que Mateo y Lucas se escribieron casi simultáneamente, entre los años 75-90, aunque en lugares diferentes. Pero se ha visto claro que ambos evangelistas recogen el padrenuestro que se recitaba o usaba en las celebraciones de sus respectivas comunidades. Es decir, estamos ante una forma litúrgica de la oración del padrenuestro recitada en griego. Pero Jesús no hablaba griego, sino arameo.

Mientras que Mateo se dirige a judíos, un pueblo acostumbrado a orar al único Dios Todopoderoso, Lucas, en cambio, se dirige a gentiles, a cristianos provenientes del paganismo. Para ellos, muchos de los conceptos del judaísmo les son ajenos, así como, sobre todo, la práctica de la oración. En el paganismo grecolatino, las oraciones a los grandes dioses eran muy recargadas con ritos complejos y pomposos; dado que los consideraban entes muy alejados, dudaban de ser escuchados, y más bien oraban para aplacar su ira. Más coloquial e intimista era, en cambio, la oración a los dioses domésticos. Por eso es que Lucas coloca el padrenuestro en un contexto aislado, con varias enseñanzas sobre la oración: «Estaba él orando en cierto lugar y cuando terminó, le dijo uno de sus discípulos:

«*Señor, enséñanos a orar, como enseñó Juan a sus discípulos.» Él les dijo: «Cuando oréis, decir: Padre, santificado sea tu Nombre…*»

En esta introducción a la oración se muestra a Jesús orando. Jesús es modelo de lo que los nuevos cristianos deben hacer (Lucas es el evangelista que más veces muestra a Jesús en oración). Para dirigirse al Dios único y todopoderoso, Jesús va a enseñar a estos paganocristianos una oración sencilla y honda, más cercana a sus oraciones coloquiales a las deidades domésticas. Pero como desconocen la mística judaica de la relación con Dios, presente y próximo en la historia de su pueblo, tal vez pueden desconfiar de que orar a este Dios único sirva para algo. Y ahí introduce Lucas los dos textos siguientes sobre la necesidad de perseverar y sobre la eficacia de la oración, que será respondida por este Dios próximo, que es más padre que todos los padres terrenos:

* *«Les dijo también: «Si uno de vosotros tiene un amigo y, acudiendo a él a medianoche, le dice: ' Amigo, préstame tres panes…»*; y
* *«Yo os digo: Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, halla; y al que llama, le abrirán. ¿Qué padre hay entre vosotros que, si su hijo le pide un pez, en lugar de un pez le da una culebra; o, si pide un huevo, le da un escorpión? …»*

Otro detalle a tener en cuenta es que no hay en esta oración nada específicamente judío (nombre de Yahvé, patriarcas, Moisés, Ley, templo, ciudad/tierra sagrada, expiación ritual, tradiciones nacionales, alimentos puros, purificaciones, fiestas o mesías especiales...). Tampoco hay en ella nada específicamente cristiano (Jesús, Iglesia, Espíritu Santo, eucaristía…). Todo es universal en la oración de Jesús siendo, al mismo tiempo, muy judío, muy cristiano, muy humano.

«*Padre*» es la invocación principal, el eje y centro de toda la oración. Es la forma, propia, peculiar, insistente y casi única, en que Jesús se refiere o designa a Dios, (de hecho, la palabra «Dios» no aparece en la oración del padrenuestro). El «nombre» de Dios, según Jesús, es «*abbá*»: padre. Pero no «padre» entendido según los cánones socioculturales del patriarcado dominante en la época de Jesús, sino entendido en el sentido más radical de comunicador, por amor, de la propia vida. El «padre» del que habla Jesús es vida donada, expandida sin límite alguno; es amor indiscriminado que supera la justicia, los derechos y los méritos; es ternura «conmovida en las entrañas» de la que fluyen misericordia, sintonía e identificación.